

# LORCA

POEMA DE LA SOLEÁ (DE *POEMA DEL CANTE JONDO* 1921-1924)

SORPRESA

*Soleá de Cádiz*

Muerto se quedó en la calle  
con un puñal en el pecho.  
No lo conocía nadie.

¡Cómo temblaba el farol!  
Madre.  
¡Cómo temblaba el farolito  
de la calle!

Era madrugada. Nadie  
pudo asomarse a sus ojos  
abiertos al duro aire.

Que muerto se quedó en la calle  
que con un puñal en el pecho  
y que no lo conocía nadie.

ROMANCE DE LA LUNA (DE *ROMANCERO GITANO* 1928)

*a Conchita García Lorca*

La luna vino a la fragua  
con su polisón de nardos.  
El niño la mira mira.  
El niño la está mirando.

En el aire conmovido  
mueve la luna sus brazos  
y enseña, lúbrica y pura,  
sus senos de duro estaño.

Huye luna, luna, luna.  
Si vinieran los gitanos,  
harían con tu corazón  
collares y anillos blancos.

Niño déjame que baile.  
Cuando vengan los gitanos,  
te encontrarán sobre el yunque  
con los ojillos cerrados.

Huye luna, luna, luna,  
que ya siento sus caballos.  
Niño déjame, no pises,  
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño,  
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

¡Cómo canta la zumaya,  
ay como canta en el árbol!  
Por el cielo va la luna  
con el niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,  
dando gritos, los gitanos.  
El aire la vela, vela.  
el aire la está velando.

CIUDAD SIN SUEÑO (NOCTURNO DEL BROOKLYN BRIDGE) (DE *POETA EN NUEVA YORK* 1929-30)

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.  
Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan  
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas  
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Hay un muerto en el cementerio más lejano  
que se queja tres años  
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;  
y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto  
que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!  
Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda  
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.  
Pero no hay olvido, ni sueño:  
carne viva. Los besos atan las bocas  
en una maraña de venas recientes

y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso  
y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día  
los caballos vivirán en las tabernas  
y las hormigas furiosas  
atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.

Otro día  
veremos la resurrección de las mariposas disecadas  
y aún andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos  
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.  
¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!  
A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,  
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente  
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,  
hay que llevarlos al muro donde iguanas y sierpes esperan,  
donde espera la dentadura del oso,  
donde espera la mano momificada del niño  
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.  
No duerme nadie.  
Pero si alguien cierra los ojos,  
¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!

Haya un panorama de ojos abiertos  
y amargas llagas encendidas.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.  
Ya lo he dicho.  
No duerme nadie.  
Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienes,  
abrid los escotillones para que vea bajo la luna  
las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

NEW YORK (OFICINA Y DENUNCIA) (DE *POETA EN NUEVA YORK* 1929-30)

*A Fernando Vela*

Debajo de las multiplicaciones  
hay una gota de sangre de pato.  
Debajo de las divisiones  
hay una gota de sangre de marinero.  
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna;  
un río que viene cantando  
por los dormitorios de los arrabales,  
y es plata, cemento o brisa  
en el alba mentida de New York.

Existen las montañas, lo sé.  
Y los anteojos para la sabiduría,  
lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.  
He venido para ver la turbia sangre,  
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas  
y el espíritu a la lengua de la cobra.  
Todos los días se matan en New York  
cuatro millones de patos,  
cinco millones de cerdos,  
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,  
un millón de vacas,  
un millón de corderos  
y dos millones de gallos  
que dejan los cielos hechos añicos.  
Más vale sollozar afilando la navaja  
o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías  
que resistir en la madrugada  
los interminables trenes de leche,  
los interminables trenes de sangre,  
y los trenes de rosas maniatadas  
por los comerciantes de perfumes.  
Los patos y las palomas  
y los cerdos y los corderos  
ponen sus gotas de sangre  
debajo de las multiplicaciones;  
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas  
llenan de dolor el valle  
donde el Hudson se emborracha con aceite.  
Yo denuncio a toda la gente  
que ignora la otra mitad,  
la mitad irredimible  
que levanta sus montes de cemento  
donde laten los corazones  
de los animalitos que se olvidan  
y donde caeremos todos  
en la última fiesta de los taladros.  
Os escupo en la cara.  
La otra mitad me escucha  
devorando, cantando, volando en su pureza  
como los niños en las porterías  
que llevan frágiles palitos  
a los huecos donde se oxidan  
las antenas de los insectos.  
No es el infierno, es la calle.  
No es la muerte, es la tienda de frutas.  
Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles  
en la patita de ese gato quebrada por el automóvil,  
y yo oigo el canto de la lombriz  
en el corazón de muchas niñas.  
óxido, fermento, tierra estremecida.  
Tierra tú mismo que nadas por los números de la oficina.

¿Qué voy a hacer, ordenar los paisajes?  
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,  
que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?  
No, no; yo denuncio,  
yo denuncio la conjura  
de estas desiertas oficinas  
que no radian las agonías,  
que borran los programas de la selva,  
y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas  
cuando sus gritos llenan el valle  
donde el Hudson se emborracha con aceite.